

Efraín en La Vega

Mario Carvajal y Víctor Hugo Riveros

Texto e ilustraciones



En estas vacaciones, por primera vez Efraín no viajará a El Tabo y a su pesar deberá quedarse en Santiago. Sin embargo, no todo será caras largas y desgano, ya que no se imagina las aventuras que vivirá ni los amigos que hará acompañando a su tío en su puesto en La Vega. Una historia llena de emociones en un lugar tradicional y popular de la capital, que encantará a quienes se atrevan a descubrir lo que oculta el mercado abierto más grande de Santiago.

Mario Carvajal

Víctor Hugo Riveros



Efraín en La Vega

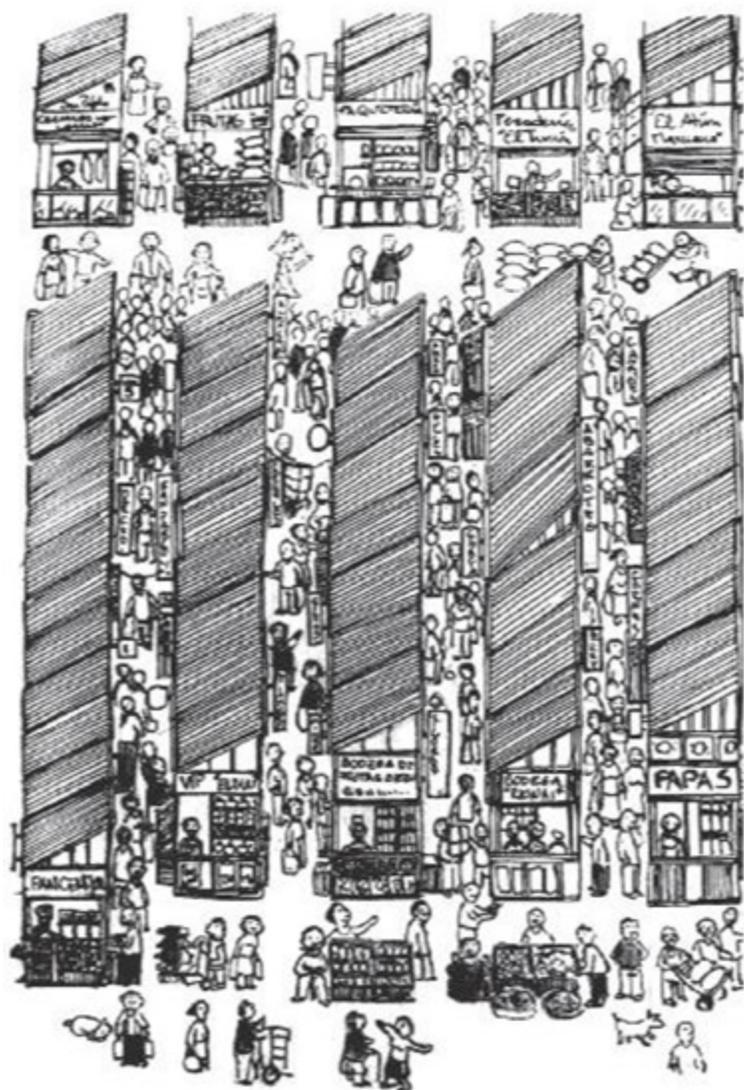


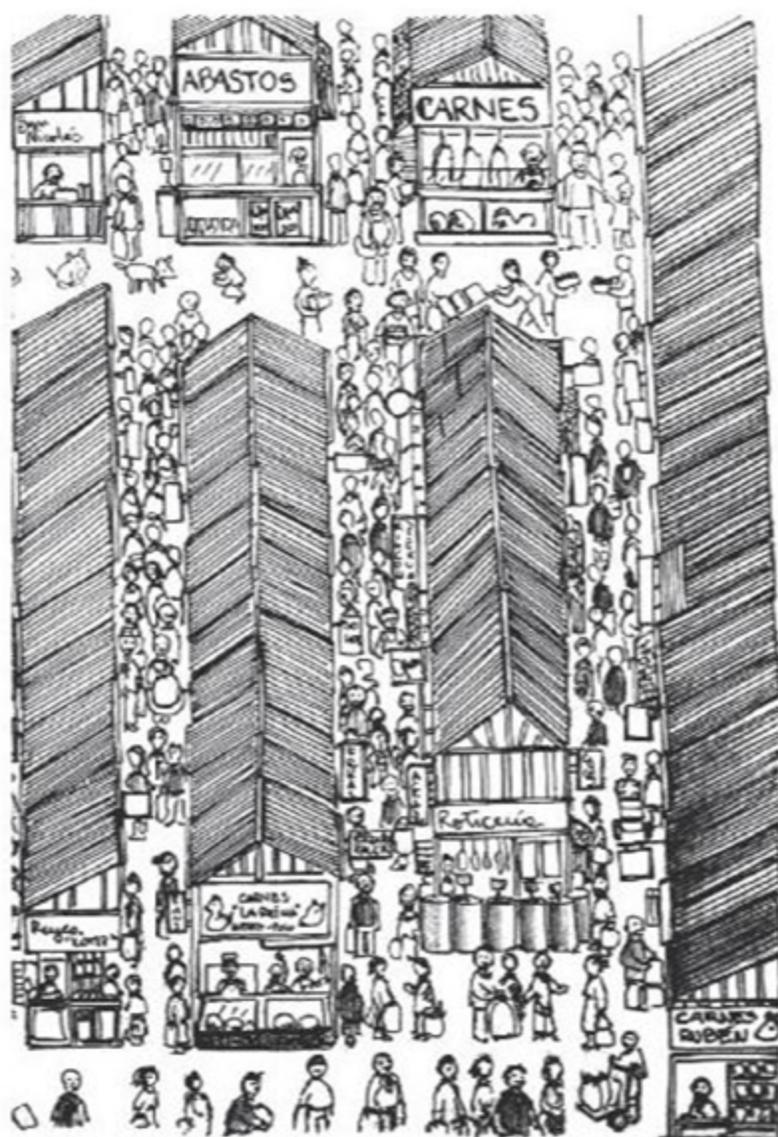
Título original: *Efraín en La Vega*
Mario Carvajal, Víctor Hugo Riveros, 2013



Revisión: 1.0
Fecha: 29-03-2020
Con la colaboración de Vins

La Vega





Primer día de vacaciones



El primer lunes de enero, Efraín fue despertado por su padre.

—¡A levantarse! Nos vamos a trabajar.

—¡Pero, papá, si todavía está oscuro! —reclamó Efraín mirando la ventana—. ¡Tengo sueño!

—En La Vega comienzan a trabajar cuando todavía es de noche dijo su padre. Por esta vez yo te iré a dejar más temprano porque después debo ir a mi trabajo. Desde mañana te irás solo y podrás llegar más tarde.

Efraín Garcés y su padre partieron caminando hacia La Vega. El niño no dejaba de pensar en las extrañas vacaciones que estaban por comenzar. Acostumbrado a ir todos los años a El Tabo, este verano se presentaba muy diferente. A medida que se acercaban a la Vega se escuchaba un ruido que iba aumentando. Efraín se sorprendió cuando comenzó a ver a esa hora de la mañana varios carretones cargados de frutas y verduras tirados por esforzados trabajadores. Dieron vuelta una esquina y se encontraron con mucha gente que iba y venía en plena actividad. Mujeres y hombres cargaban sacos, daban órdenes a gritos y Efraín comenzó a sentir intensos olores de frutas y verduras, que se mezclaban con quesos, pescados y carnes. Pequeños locales, pegados uno al lado del otro, vendían todo tipo de productos. Habían llegado a La Vega; cruzaron galpones y pasillos llenos de colores que Efraín nunca había visto, a pesar de vivir tan cerca.



El niño y su padre llegaron a un gran portón de madera con un letrero que decía El Paraíso. Era el negocio del tío Abelardo.



Cuando se disponían a entrar, un gato gordo cruzó la calle y antes de doblar la esquina miró a Efraín y le cerró un ojo. Los gatos no les cierran el ojo a las personas, pensó el niño, y salió corriendo a buscarlo, pero había desaparecido.

El tío Abelardo salió a saludarlos. Era un hombre delgado, no muy alto, de grandes bigotes y pelo negro. Siempre andaba despeinado y con una sonrisa de oreja a oreja. Su negocio era un galpón repleto de cajas y grandes canastos con frutas y verduras.

—¡Así que va a estar viniendo pa' cá durante las vacaciones! —le dijo el tío a Efraín, haciéndole cariño en la cabeza.

—Si poh, tío —respondió Efraín, con tristeza.

—Aquí lo va a pasar mejor que en la playa. ¡Acuérdate!

Efraín no estaba muy convencido de que La Vega iba a ser más entretenida que El Taba, Pero no había otra alternativa. Sus padres, por

motivos de trabajo, no iban a salir de Santiago y la única solución para que no se quedara solo en casa era estar en el negocio de su tío todas las mañanas.



Su padre se despidió y Efraín se dedicó a mirar a la gente pasar, recorrer el local y observar cada detalle. Todo era nuevo y extraño. Las cajas y canastos se amontonaban por todos lados. Al fondo, una puerta conducía a un pequeño baño, y en uno de los rincones había una tapa de madera en el suelo.

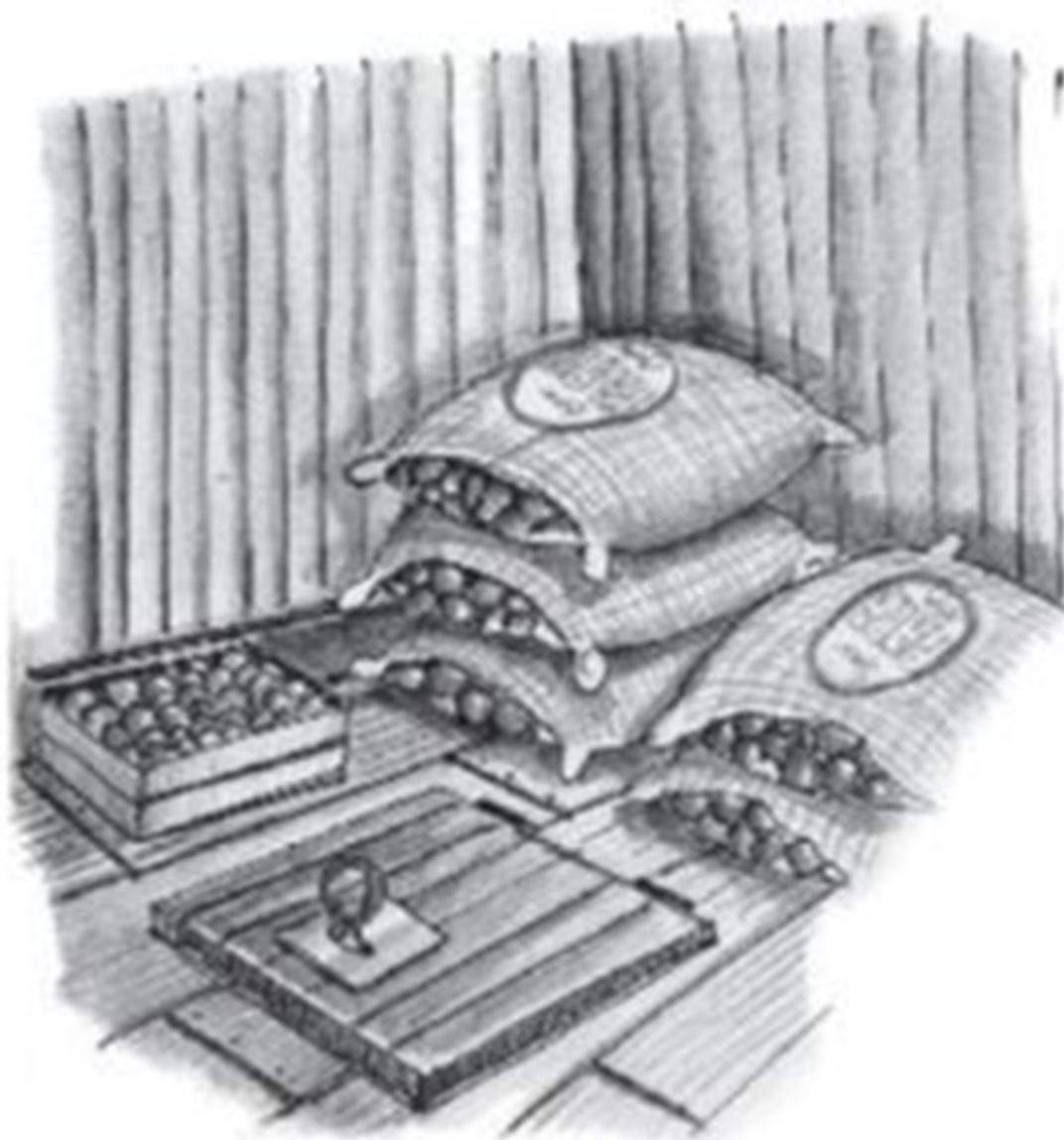
—¿Para qué es esa tapa? —preguntó Efraín.

—Para bajar al subterráneo —respondió el tío—. Hace muchos años, la persona que fue dueña del local dejó un montón de cosas allí y nunca las vino a buscar.

Efraín se quedó pensativo. Siempre le habían atraído los lugares llenos de cosas viejas.

—Tal vez podís encargarte de limpiar y ordenar ese lugar —dijo su tío, sonriendo—; a mí me serviría mucho para poner más mercadería. ¿Qué te parece si desde mañana lo tomái como un trabajo hasta que terminís tus vacaciones?

Efraín abrió los ojos entusiasmado y aceptó el encargo de inmediato. Ordenar un subterráneo repleto de cosas viejas le pareció muy interesante.



El subterráneo



Al día siguiente, Efraín llegó a La Vega muy temprano.

—¿Te costó llegar? —le preguntó su tío—. ¿Te viniste solo?

—Sí, y es super fácil, tío —respondió Efraín—. Yo vivo cerca, en la calle Maruri.

Se puso a trabajar de inmediato. Fue al rincón donde estaba la tapa de madera que conducía al subterráneo y comenzó a levantarla; era más pesada de lo que esperaba. Una vez que logró abrirla se encontró con una escalera que se veía bastante oscura. Su tío se acercó y pasándole una linterna le dijo:

—Toma, esto te puede servir —y lo dejó solo.

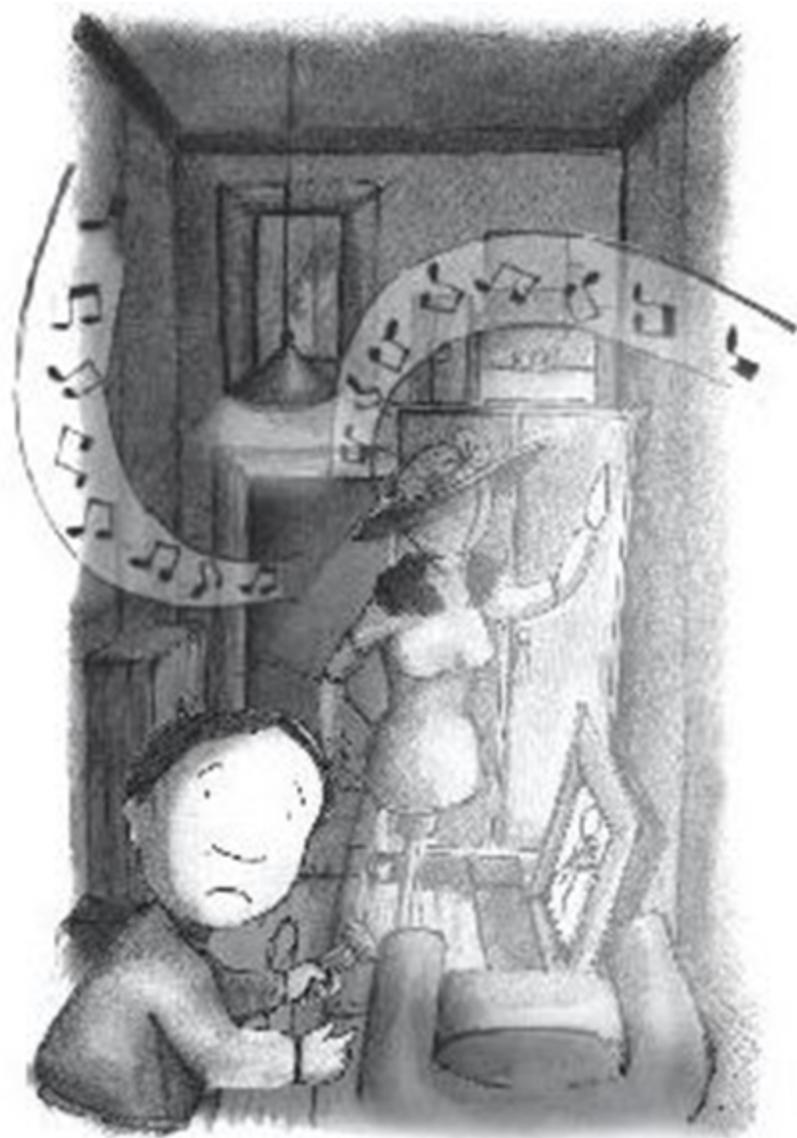
Efraín la encendió y empezó a descender. Cuando llegó al piso del subterráneo se encontró en una gran pieza llena de objetos amontonados en gran desorden. El lugar no tenía ninguna ventana y hacía frío.

Temeroso, Efraín comenzó a recorrer el lugar pensando que no iba a ser fácil ordenar tanto cachureo. Al fondo de la pieza, medio escondidos entre unas cajas, había un hombre y una mujer que lo miraban fijamente. Dio un salto y vio que los personajes no tenían piernas, sino una base de madera. Eran maniquís con extraños sombreros, como los que había visto en las tiendas de ropa. Respiró aliviado mientras su corazón latía aceleradamente.

El niño continuó con su visita y sobre una vieja mesa encontró una caja cubierta de polvo, tomó un pedazo de papel y la limpió. Sobre la tapa

apareció el dibujo de un bello paisaje de campo y en una esquina estaba firmado el nombre Jacinta.

Efraín se apresuró a abrir la caja, pero estaba cerrada con un pequeño candado y no se veía ninguna llave. Dejó la caja cuidadosamente y continuó mirando otros objetos. Encontró una vieja máquina de coser, dos máscaras, un baúl lleno de ropa vieja, un montón de fotos antiguas, archivadores llenos de papeles, una pintura enmarcada con el retrato de un militar y una caja llena de monedas antiguas. Fue reuniendo los objetos ordenadamente cerca de la escalera para finalmente sacarlos del local. Había cosas que era mejor botar a la basura, y otras que prefirió conservar.





Estuvo trabajando toda la mañana moviendo cajas, y después de tanto esfuerzo se tendió a descansar en un viejo sofá de terciopelo que estaba junto a los maniquís que tanto lo habían asustado. En un par de minutos se quedó dormido profundamente. Comenzó a soñar con un campo y una niña muy hermosa, un poco mayor que él. La joven susurraba: «La llave está junto al reloj... la llave está junto al reloj...». Su sueño fue interrumpido por la voz de su tío Abelardo:

—¡Efraín, ya es hora que volvái a tu casa! Tu papá me dijo que fueras puntual y te fueras a la hora de almuerzo, pa' que tu mamá no se

preocupara.

El niño se dirigió a su casa y en el camino no dejó de pensar en el sueño que había tenido con la niña campesina, que hablaba de una llave junto a un reloj... ¿Sería la pequeña llave para abrir la caja de madera?

El canto misterioso



Al día siguiente se levantó ansioso por llegar al subterráneo. Tomó desayuno, se despidió apurado y partió caminando hacia La Vega.

Cuando llegó al negocio, el tío Abelardo lo saludó cariñosamente.

—Hay mucho que hacer allá abajo —le contó Efraín. Está todo desordenado.

No quiso dar muchos detalles porque no quería contarle a su tío la aventura que estaba comenzando a vivir.

Se dirigió directamente al subterráneo y empezó su tarea moviendo cajas de un lado a otro, barriendo y sacudiendo.

Apoyado en uno de los muros del subterráneo había un armario con pequeños cajones. Se puso a abrirlos y estaban llenos de cosas. En uno de ellos había una peineta junto a un espejo; en otro, un viejo reloj con una cadena que en su extremo tenía una pequeña llave plateada, y en el último, estampillas. Recordó el sueño del día anterior y con la llave plateada corrió a buscar la caja que no había logrado abrir.



Introdujo la llave y el candado se abrió de inmediato. Levantó suavemente la tapa y dentro de la caja encontró numerosas fotos y dibujos, algunos acompañados de poesías que hablaban de campos, ríos, lagos y bosques.

De pronto, Efraín comenzó a escuchar la voz de una niña cantando. Se quedó muy quieto. La misteriosa voz provenía de un lugar cercano, pero no del interior del subterráneo. Se oía más allá de los muros. Era una voz tan dulce que sintió ganas de acercarse. Cerró la caja lentamente y caminó hacia el fondo del subterráneo; allí la voz se sentía más cercana.

Cuidadosamente comenzó a desplazar los maniquís hacia un lado y encontró una pequeña puerta. La suave melodía provenía de ese lugar. Tomó la manilla de la puerta y comenzó a abrirla.

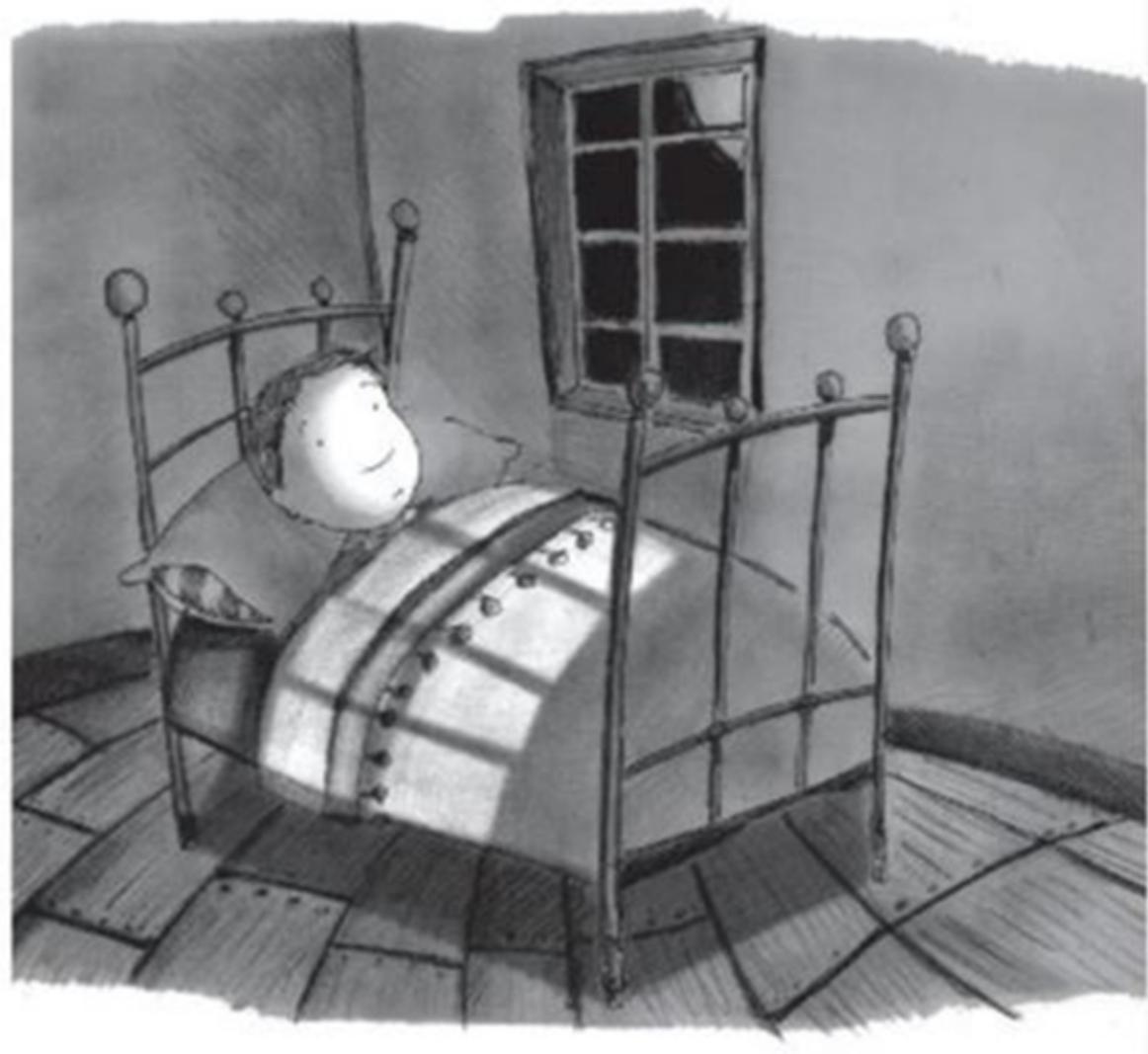
Vio un largo pasillo que se oscurecía hacia el fondo y sintió una brisa muy helada. La dulce voz se alejó y no se escuchó más. Asustado, Efraín cerró la pequeña puerta y salió rápidamente del subterráneo.

Durante el resto de la mañana, Efraín dio vueltas en el negocio, pero no volvió a bajar. Partió a su casa bastante nervioso. No podía dejar de recordar la suave y misteriosa melodía que provenía del tenebroso y oscuro pasillo.

Su madre lo notó preocupado, pero Efraín no quiso contarle y solo le comentó que estaba un poco adolorido de tanto mover cajas y canastos de un lado para otro.

En la noche, ya en su cama, se daba vueltas sin poder dormir. Se preguntaba si esa voz que había escuchado sería la niña con la que había soñado cuando se durmió en el sofá.

El subterráneo del local de su Lío Abelardo era un lugar misterioso, que lo llenaba de temor, a pesar del cual, Efraín no quería abandonar esta aventura.



El sopita



Pasaron semanas y Efraín no volvió a bajar al subterráneo. Se quedaba junto a su tío ayudándole en el negocio.

Un poco extrañado, su tío le preguntó:

—¿Terminaste de ordenar el subterráneo, Efraín?

—Todavía no, tío. Es que me cansaba mucho —se disculpó.

—No olvides que acordamos que el subterráneo quedaría limpio y ordenado antes de que volvái al colegio —dijo su tío—. Si te cansái mucho, podís pedirles ayuda a otros cabros. Hay varios que trabajan acá en La Vega.

A Efraín le pareció una excelente idea, pero aún no conocía a nadie de su edad. Quería cumplir con el compromiso que había hecho con su tío y saber más de ese extraño lugar, pero no se atrevía a volver solo por ningún motivo.

Un par de días después, Efraín se encontró en la entrada del negocio con el tío Abelardo junto a un hombre viejo que cargaba frutas en un carretón de mano.

El tío los presentó:

—¡Este es «el Sopita»! —le dijo sonriente—. Es un gran amigo y trabaja conmigo desde que empecé este negocio. Estaba aquí desde mucho antes que yo llegara.

—Me llamo Efraín —dijo el niño.

Con una sonrisa amable, el viejo lo saludó y dijo:

—Llevo muchos años trabajando aquí, conozco cada rincón y a toa' la gente que circula por este lugar.

—¿Conoce niños de mi edad? —preguntó Efraín.

—¡Shhh, conozco un lote! —respondió el Sopita—. Hay varios cabros que te puedo presentar. ¿Querís que te lleve a dar un paseo pa' que conozcái mejor La Vega?

—¿Puedo ir? —preguntó Efraín, mirando a su tío.

—Por supuesto que sí —le respondió el tío, que sabía que el viejo era un hombre bondadoso y de mucha confianza.

Efraín se instaló cómodamente sobre el carretón y el viejo se colgó de la manilla moviendo sus pies, casi flotando en el aire, para avanzar. Era como ir volando.

El Sopita no tenía dientes, y todos decían que sin dientes solo podía tomar sopa, por eso lo llamaban así. El anciano conocía muy bien La Vega, su gente, los pasillos, veredas y galpones. Parecía que ya lo había visto todo.

—La Vega es el principal mercao' de Santiago —dijo el Sopita—. Aquí se venden frutas, flores, verduras, pescados, carnes, condimentos, hierbas, y un montón de cuestiones más. Hay negocios chicos y grandes y es más barato que en otras partes. Existe desde hace más de cien años, y al principio la bautizaron como «Gran Mercado de Abastos de la Ciudad». Con el tiempo la gente se acostumbró a llamarla La Vega. Al comienzo era un lugar chico, pero de a poco ha ido creciendo. Hoy trabajan una montonera de comerciantes. Uno de ellos es tu tío Abelardo, con su negocio de frutas y verduras. La Vega tiene mucha historia, Efraín. Siempre ha estao' cerca del río Mapocho y es parte de los barrios Independencia y Recoleta.

—O sea, que La Vega está en mi barrio —comentó Efraín—. Con mis papás vivimos en la comuna de Independencia.

La Vega era un lugar mucho más grande y antiguo de lo que había imaginado. Mientras recorrían el lugar, el Sopita le contó muchas cosas a Efraín. Lo que más le interesó fue lo que dijo sobre los fantasmas. Le contó

que en La Vega había fantasmas que asustaban a la gente, sobre todo en la noche. Le comentó que él conocía a todos los fantasmas, incluso cuando habían sido personas vivas. Efraín recordó lo del subterráneo, y por lo que decía el viejo, lo más seguro es que esa voz que había escuchado fuera de un fantasma. Pero no le dijo nada.

—Hasta hay perros y gatos fantasmas —decía el Sopita—. Andan por dentro de los muros, pero en la noche salen y persiguen a los animales vivos. Cuando la gente los ve se esconden al tiro. Son muy molestos y güenos pa' revolverla.

Efraín recordó al gato que le había cerrado un ojo el primer día, y pensó que seguramente era un fantasma.

El niño se sorprendió de que en La Vega hubiera tanta gente. El Sopita le presentó a Juancho, el lustrabotas; a don Lucho, del local de los pescados y mariscos, y a la señora Petronila, que vende los quesos.

Joselote y Cocoliso



Una mañana, Efraín se encontró nuevamente con el Sopita y le dijo:

—¡Oye, me dijiste que me ibas a presentar niños de mi edad!

—¿Y cuantos años tenís tú? —preguntó el Sopita.

—Once —respondió Efraín—. Los cumplí en noviembre.

—¿Y ya tenís polola?

—¡Na' que ver! —dijo Efraín—. Mis compañeras de curso son muy pesadas; algunas se creen grandes y hasta se pintan.

—Pero son bonitas, ¿cierto? —preguntó el Sopita, cerrándole un ojo.

—Hum... sí, algunas —dijo Efraín, un poco avergonzado.

—¿Querís ir a dar otro paseo? —lo invitó el viejo—. Vamos a ver si encontramos a algunos cabros que trabajan acá.

Efraín aceptó de inmediato. Pasear con él era entretenido. Mientras recoman pasillos y rincones de La Vega, entre gritos, olor a pescado y empanadas fritas, los dos conversaban animadamente.

—Oye, Sopita, ¿es cierto que tienes más de cien años? —preguntó Efraín.

—¿Quién te dijo eso, niño? —respondió el Sopita con una sonrisa.

Mi tío Abelardo. Dice que hay cargadores que calcularon que tenís como ciento veinte años.

—Ah, esos giles no saben ni sumar. Tengo muchos años más —comentó

el Sopita, cerrando un ojo.

Efraín quedó sorprendido. El Sopita era misterioso.

Llegaron a un gran galpón. En la vereda había dos niños que con mucha dificultad intentaban levantar una caja llena de paltas. El Sopita los llamó.

—¡Hey, cabros, vengan paca! —gritó el Sopita.

Los dos niños se acercaron y el mayor miró a Efraín de arriba a abajo y le dijo:

—Vo' no soi de acá.

—No puh —respondió Efraín, incómodo.

—Yo soy el Joselote y este es mi hermano chico, el Cocoliso, y vo', ¿cómo te llamái?

—Yo me llamo Efraín.

TOS DEL PAÍS

Manzanas - Uvas - Naranjas



Avícola Luci
POLLOS "GIGANTES"





—¿Y de dónde saliste? —preguntó Joselote, riéndose.

—Vengo todas las mañanas al negocio de mi Lío Abelardo —respondió Efraín.

—¿Y por qué no te quedái en tu casa mejor? —siguió preguntando Joselote.

—Porque mis papás tienen que trabajar y no quieren dejarme solo en la casa —comentó Efraín.

—¡Shhh! Nosotros siempre hemos vivió solos —dijo Joselote—. Cuando el Cocoliso era guagüita nos dejaron botaos en la calle. Él siempre anda detrás mío, como si yo fuera su papá.

—¿Ustedes trabajan aquí en La Vega? —preguntó Efraín.

—Zi poh —respondió Joselote—, a veces nos ganamos unas luquitas cargando frutas, verduras o lo que venga.

—¿Y dónde duermen? —preguntó Efraín sorprendido.

—Debajo de un puente, en el río Mapocho —le respondió Joselote, mientras Cocoliso movía su cabecita de arriba abajo y repetía «dio papocho».

—¿Y no pasan frío? —siguió preguntando Efraín.

—A veces. Pero nos tapamo con alguna frazá, con diarios, y también dormirnos acurrucaítos pa' pasar el frío.

Efraín no sabía que hubiera niños que vivieran de ese modo. Joselote continuó:

—Pero nosotros no somos na' ladrones, como muchos que andan por allí robando. El Sopita nos ha ayudado, y nos ha enseñado cosas güeñas.

—¿Ustedes creen en los fantasmas? —preguntó Efraín—. Porque el Sopita dice que en La Vega hay muchos.

—Yo creo que existen, pero no les tengo miedo —respondió Joselote, haciéndose el valiente.

—¡Fatama oyiible! —agregó Cocoliso, que repetía todo.

En ese momento llegó el Sopita y le dijo a Efraín que debían volver.

Chao, amigos se despidió Efraín. Ojalá nos veamos de nuevo.



Compañeros de aventura



Esa noche, Efraín se quedó pensando en sus nuevos amigos. Estaba impresionado por la forma en que vivían. Tal vez, Joselote y Cocoliso podrían acompañarlo para volver a bajar al subterráneo. Además, Joselote creía que los fantasmas existían. ¡A ver si era tan valiente como decía!

Al otro día, lo primero que hizo Efraín fue hablar con su tío Abelardo y le contó que ya tenía amigos que podrían ayudarle a limpiar el subterráneo.

El tío Abelardo lo animó a que los invitara, y que una vez que terminaran les pagaría por el trabajo realizado. Efraín partió corriendo a hablar con Joselote y su hermanito.

—¡Oigan!, mi tío necesita que le limpien el subterráneo del local, y va a pagar por el trabajo —les dijo Efraín cuando se encontró con ellos.

—¿Estái lesiando? —respondió Joselote entusiasmado.

—¡En serio! —aseguró Efraín—. Pero tengo un secreto que contarles: en el subterráneo hay un pasillo escondido y se escucha la voz de una niña que canta.

—¡Compadre Efraín, esa voz que escuchaste es... de un fantasma! —dijo Joselote sorprendido.

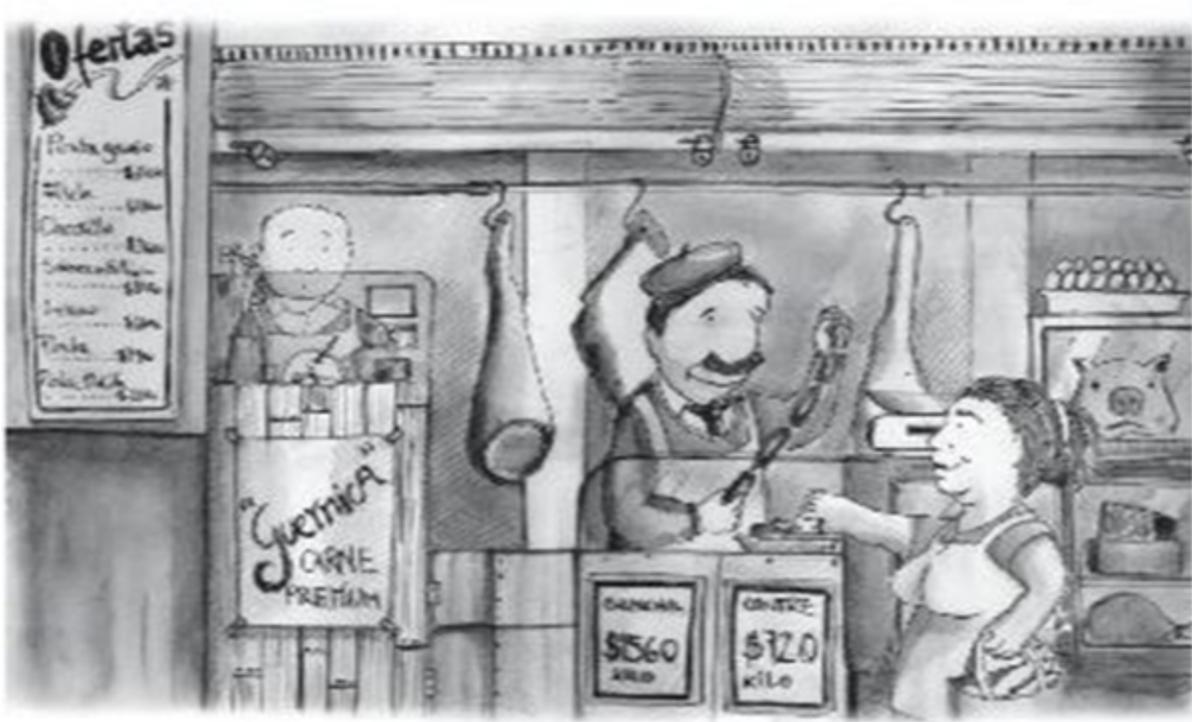
—Yo también creo lo mismo, pero no me atrevo a volver solo a ese lugar y tengo que ordenar y limpiar antes de que terminen mis vacaciones.

—Güeno, cuenta conmigo, pero tú sabís que yo siempre ando con el

Cocoliso —dijo Joselote, dándole la mano—. A nosotros nos sirven mucho las luquitas que va a pagar tu tío.

—¡Chócale! —respondió Efraín. Y se dieron un apretón de manos.

—¡Kókale, kókale! —repetía Cocoliso, riéndose.



Yo tengo unos amigos que también podrían echarnos una manito —dijo Joselote—. Ese subterráneo debe tener cosas bien pesaítas, así que vamos a necesitar ayuda.

—Mejor todavía —respondió Efraín—. Vamos a buscarlos.

Los encontraron frente a una carnicería.

—¡Hola poh! —saludó Joselote a una niña y un niño—. Les presento a Efraín, un nuevo amigo.

—Yo zoy Ramonzito —se presentó el niño, que hablaba todo con zetas como su padre, el español dueño de la carnicería.

—Y yo soy Rayén —dijo la niña, sonriendo.

Los cinco niños se sentaron a conversar entre unas cajas de manzanas. Ramoncito y Rayén escucharon atentamente a Efraín, que les contó sobre el subterráneo.

Cuando Efraín terminó de hablar, Rayén dijo:

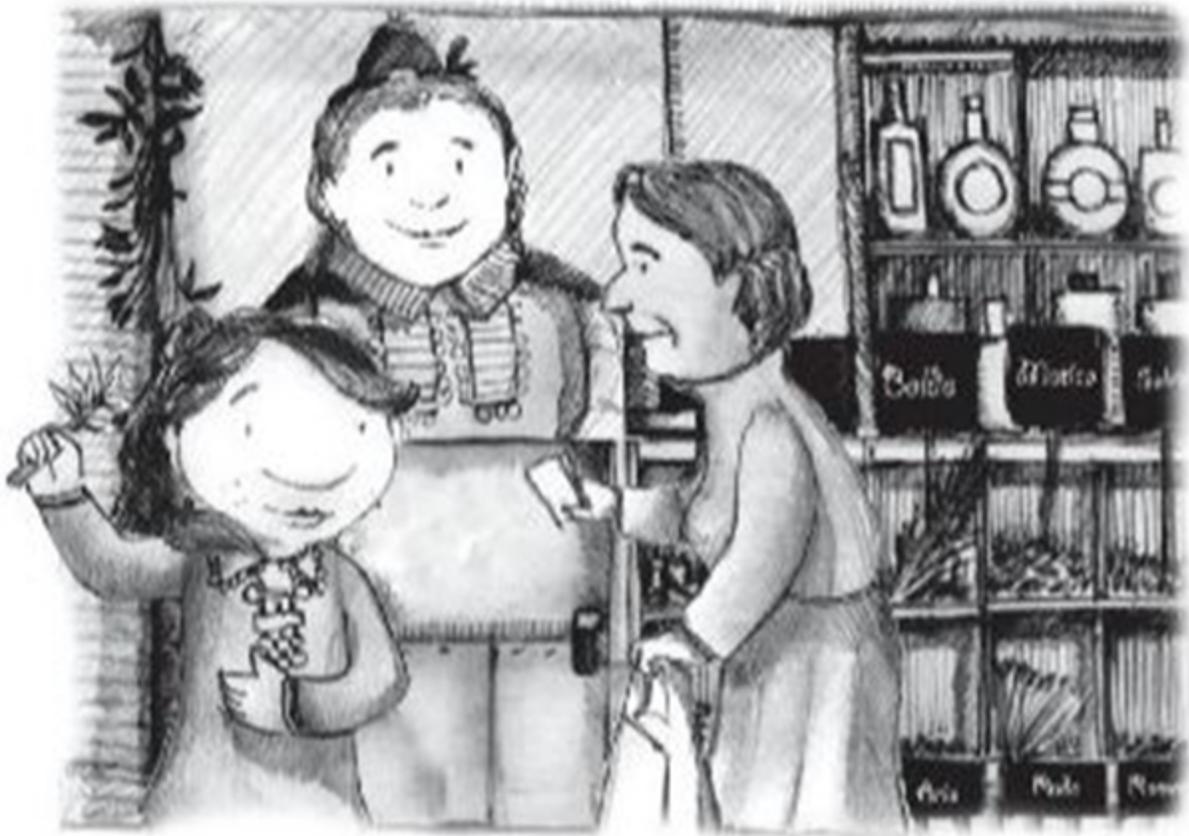
—A mí me gustan mucho estas cosas raras. Y si tu tío Abelardo nos va a pagar unas lucas por la limpieza del subterráneo, ¡manos a la obra, poh!

—¡Yo también quiero partizipar en ezta aventura mizterioza! —dijo Ramoncito.

—Oigan, pero hay que tener cuidaíto con los fantasmas —advirtió Rayén—. Mi amá es una machi mapuche y sabe muchos secretos de la naturaleza. Yo he escuchado que en La Vega hay caleta de fantasmas.

Efraín y sus amigos Joselote, Cocoliso, Rayén y Ramoncito, se pusieron de acuerdo para comenzar al día siguiente con la primera visita al subterráneo. Antes de despedirse, Ramoncito dijo:

—Cuando grande quiero zer torero, como uno que conozió mi papá en Ezpaña, que se llamaba El Cordobez. Y loz toreroz zon valientez. No me voy a andar azuztando por una vozezita que canta en la ozcuridá, ¿no?



La niña fantasma



Efraín estaba muy nervioso por la visita al misterioso subterráneo, y se reunió muy temprano en la puerta del local El Paraíso con sus cuatro amigos. El tío Abelardo los saludó:

—¡Qué güeno que llegan! Voy saliendo a buscar un cargamento de limones a un fundo cerca de Rancagua, así es que quedan a cargo del negocio.

Mejor todavía, pensó Efraín. Así podrían visitar el subterráneo sin que nadie los molestara.

Llegaron al rincón donde estaba la bajada al subterráneo y Efraín levantó la tapa. Bajaron lentamente. Ninguno abría la boca. Llegaron abajo y fueron recorriendo asombrados cada rincón.



Revisaron todo: ropa vieja, cuadros antiguos, muebles, herramientas... Estuvieron largo rato entretenidos. Rayen encontró sombreros que se probaba haciendo poses de modelo frente a un espejo. Joselote no se cansaba de mirar un gran libro de mapas antiguos. Cocoliso había encontrado una pequeña locomotora de juguete, tan pesada que apenas se la podía, y Ramoncito estaba de cabera dentro de un baúl lleno de cosas.

Mientras tanto, Efraín, con la linterna, se preparaba para entrar junto a sus amigos al pasillo oscuro. Se dirigió a la pequeña puerta y los llamó.

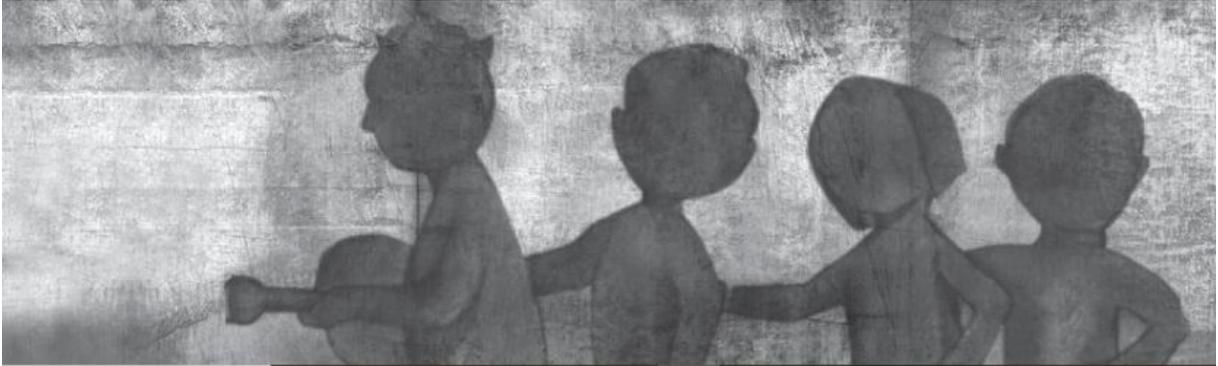
—Vamos a entrar en fila, sin meter ruido —dijo Efraín, susurrando—. Por acá es donde escuché la voz.

—Y no se preocupen, porque si hay algún peligro aquí está este pechito pa' defenderlos —dijo Joselote, que estaba un poco asustado, pero como era el mayor de todos trataba de disimular.

Efraín abrió la puerta lentamente y comenzaron a entrar por el pasillo. Entró aire frío.

—¡Miren, hay muchas puertas cerradas! —dijo Rayen mientras avanzaban por el oscuro pasillo.

—¡Y al fondo hay un espejo grandote! —comentó Ramoncito.



Los cinco amigos se detuvieron al fondo del pasillo, y en el espejo comenzó a aparecer la imagen de un esqueleto horrible.

A todos se les pararon los pelos. Cocoliso, con una vocecita que apenas se escuchaba, avisó que se había hecho pipí. Muertos de miedo, a los niños les temblaban las piernas y con dificultad comenzaron a retroceder para salir del tenebroso lugar. En ese mismo instante comenzaron a escuchar la quejumbrosa voz del esqueleto.

—¡Por favor, no me dejen sola, ayúdenme, no les voy a hacer daño!

Los niños se detuvieron y se quedaron mirando con temor y desconfianza.



—¿Y por qué tenís esa cara de esqueleto tan re-feo? —preguntó Joselote, asustado.

—Porque soy un fantasma —respondió la niña con voz triste—. Pero cuando la gente me mira un rato, me empiezo a poner bonita.

Lentamente, ante los ojos sorprendidos de los cinco niños, el esqueleto comenzó a transformarse en una jovencita muy hermosa que hablaba dulcemente:

—¡No se vayan. Ustedes pueden ayudarme!

Al escuchar la dulce voz de la niña fantasma, Rayen dijo:

—Debís tener algún problema. Mi amá me enseñó que cuando los fantasmas se quedan dando vueltas por ahí es porque algo les ha pasado y están como pegados en el mismo lugar.

—Y entonces, ¿qué problema tenís poh? —preguntó Joselote.

—Hace mucho tiempo, cuando yo era una niña como ustedes, vivía en el campo con mi familia —comenzó explicando la joven fantasma—. A los quince años viajé a Santiago para reunirme con mi hermano, que trabajaba en la ciudad. Pero al llegar había tanta gente que me perdí y no pude encontrarme con él. Lo busqué durante mucho tiempo, y nunca lo logré.

—¿Y...? —preguntaron todos a coro.

—Mi vida fue muy triste desde ese momento. Busqué un trabajo como empleada en una gran casa y vivía en el subterráneo.

—¿Tú vivías aquí en este mismo subterráneo donde estamos ahora? —preguntó Rayén.

—Aquí mismo —respondió la fantasma—. En esa época este subterráneo era parte de una gran mansión, donde vivía gente muy rica. Cuando tenía tiempo libre salía por las calles a ver si encontraba a mi hermano. Pero un día tuve un gran accidente. Cuando iba cruzando una calle me atropelló un auto y caí muerta. Así es que nunca logré encontrarme con él, y quedé dando vueltas atrapada entre los muros de este lugar.

—¿Entonces, es tuya la caja con dibujos y fotos que yo encontré? —preguntó Efraín.

—Sí —respondió—. Esa caja era mía y lleva mi nombre. Me llamo Jacinta. Me gustaba mucho dibujar y en esa caja guardaba todos mis recuerdos.

—¡Jacinta, qué hermoso nombre! —dijo Ramoncito.

—Yo canto para que no me tengan miedo —explicó Jacinta—. Los que me han visto salen arrancando y no vuelven más. Necesito que me ayuden a buscar a mi hermano, solo así podré irme de este lugar.

—¿Y cómo se llama tu hermano? —preguntó Ramoncito.

—Su nombre es Segundo —respondió Jacinta.

—¿Y cómo es? —preguntó Rayén.

—En la caja hay una foto donde estamos los dos juntos, pero han pasado tantos años que no lo reconocería nadie.

Efraín buscó en la caja y encontró la foto de un grupo familiar. Se la mostraron a la joven fantasma y exclamó:

—Ahí estoy yo junto a mi hermano Segundo. ¡Por favor traten de encontrarlo!

—Liaremos todo lo posible —dijo Efraín.

Los niños se despidieron y abandonaron el lugar.



Buscando a Segundo



Al otro día, los cinco niños se reunieron frente a la carnicería del papá de Ramoncito.

—Le conté a mi amá sobre la Jacinta —comentó Rayén—. Me dijo que era un alma en pena, y que mientras no encontrara a su hermano iba a seguir revolviéndola en ese subterráneo.

—¡Entonces tenemos que encontrar al Segundo! —dijo Joselote—. A lo mejor sigue por estos lados.

—¡Ezo!, zi encontramos a alguien que ze llame Zegundo, entonzes le moztramos la foto —agregó Ramoncito.

—De acuerdo —dijo Efraín—. Manos a la obra entonces.

Los niños comenzaron a recorrer La Vega preguntando por alguien llamado Segundo. Estuvieron horas buscando por los pasillos y locales, sin encontrar a nadie con ese nombre.

Ya estaban por dejar de buscar cuando llegaron al local de la señora Eliana, que vende huevos, y les dijo que en el negocio de los quesos atendía un señor llamado Segundo.

—¡Por fin! —exclamó Rayen, mientras se acercaban rápidamente al negocio.

Llegaron y se encontraron con un hombre viejo detrás de un mesón. Ramoncito le preguntó:

—Zeñor, ¿uzté ze llama Zegundo?

—Segundo Rodríguez, pa' servirle. Y vendo los mejores quesos de La Vega —respondió el anciano.

Joselote se acercó y le mostró la foto donde Jacinta y su hermano Segundo aparecían junto a su familia.

—Ese es usted con su hermana cuando era más joven, ¿cierto? —le preguntó Efraín.

—¡Tai loco, cabro! —respondió el vendedor, sorprendido—. ¡Na que ver! Yo me crie en el norte y esa foto parece del sur, poh. Además, no tengo ninguna hermana.

—Disculpe, señor —dijo Efraín, avergonzado.

Los niños se fueron cansados y desanimados.

Pero Joselote no quería darse por vencido y dijo:

—¡El Sopita conoce a toa la gente de La Vega! Él puede saber dónde está Segundo. Vamos a buscarlo.

Recorrieron varias calles hasta que lo encontraron durmiendo entre unos canastos. Los cinco niños se sentaron en círculo alrededor de él y lo despertaron.

—¡Sopita, necesitamos tu ayúa! —le gritó Joselote, y el pobre Sopita se despertó de un salto.

—¡Qué pasa, cabro jetón! ¿Por qué me despertái?

Efraín se disculpó y le explicó que con sus amigos esperaban que él los ayudara. Le contó que en el subterráneo del local del tío Abelardo había un túnel donde estaba atrapada una niña fantasma y que habían hablado con ella.

—¿Y ustedes quieren que yo les ayude en algo?

—¡Shí! —respondió Cocoliso, que nunca decía nada.

—Tenis que ayudamos a encontrar a su hermano —agregó Rayén.

—¿Y cómo se llama? —continuó preguntando el Sopita.

—Segundo —dijo Efraín, mostrándole la vieja foto.

El Sopita tornó la foto y se quedó largo rato mirándola.



—Ahí está el Segundo —dijo Joselote—, señalando al joven de la foto.

—Y nos tinca que debe estar por aquí cerca —dijo Rayen.

—¡Claro que pueo ayudarlos a encontrar al Segundo, puh! —exclamó el Sopita sin dejar de mirar la foto—. No me va a costar naíta encontrarlo.

—¿Y por qué? —preguntó Efraín, intrigado.

—¡Porque esa foto es de mi familia, y ahí estoy yo junto a la Jacinta, mi hermana querida puh! —exclamó el Sopita, emocionado mirando a los niños.

—¡Pero si tú soi viejo y sin dientes! ¿Cómo vai a ser ese jovencito tan churro? —dijo Rayén.

—Es que así era yo cuando joven, puh. ¡No era naíta e' feo!

Todos se miraron sorprendidos, mientras el Sopita hacía pucheros.

—Pero si tú te llamái Sopita, y no Segundo, poh —dijo Joselote.

—Sopita es un sobrenombre que me pusieron cuando ya estaba viejo y sin dientes. Yo me llamo Segundo —aclaró el Sopita, lloriqueando muy emocionado.

—¡Ya, ya, no te pongaz trizte, hombre! —le dijo Ramoncito—. Ez una buena notizia porque puedez ayudar al fantazma de tu hermanita para que ze vaya a dezcanzar tranquila de una vez por todaz.

—Esto ocurrió hace tantísimos años —comenzó a contarles el Sopita—. Ustedes no habían nacido. Yo era un jovencito, un poco mayor que el Joselote, y trabajaba en una gran panadería de Santiago. Mi hermana Jacinta me había escrito que venía del campo a la ciudad. La esperé durante mucho tiempo, pero nunca llegó. Por lo que ustedes me han contado, ahora sé lo que ocurrió. No se supo nunca más de ella. Solo una vez, una viejita me dijo que había escuchado de una niña llamada Jacinta que vivía en una gran casa cerca del río Mapocho. Por eso la busqué y me quedé por estos lados, para ver si algún día me encontraba con ella. En esos años se fueron instalando los primeros negocios de La Vega, y me fui quedando en este lugar pa' siempre. Nunca encontré a mi querida Jacinta.

—¡Nosotros la encontramos, Sopita! Quiero decir, Segundo —dijo Efraín.

—Pero ya ze murió, azi ez que ahora ez puro esqueleto —dijo Ramoncito.

—Sí, pero cuando agarrái confianza podís ver su linda cara —dijo Rayén, sonriendo.

—¡Esto es recontra importante, cabros! —dijo el Sopita, con los ojos llenos de lágrimas—. Vamo'a ver a mi hermana Jacinta, para liberarla de esos muros y que descanse de una vez por toas. Yo sé que las historias de fantasmas no son na' puras leseras, así es que les creo toíto lo que me han contao.

Los niños y el Sopita se reunieron para organizar la visita al subterráneo. La mamá de Rayén le había dicho que había que hacer un fuego con hierbas aromáticas, para perfumar el ambiente y ayudar a Jacinta a salir del encierro.



Se pusieron de acuerdo para el viernes, cuando el tío Abelardo viajaba a Rancagua a buscar verduras en su camión. Así podrían estar tranquilos en el subterráneo.



La liberación



Esa mañana, Efraín llegó más temprano que nunca al local de La Vega. El tío Abelardo estaba listo para partir fuera de Santiago en su camión.

A los pocos minutos llegaron Ramoncito y Rayén, y al rato, Joselote y Cocoliso. Rayen traía un bolso lleno de hierbas que su madre le había dado para perfumar y purificar el ambiente donde se encontraba Jacinta.

—Todo listo, amigos —dijo Efraín—. Solo falta el Sopita.

Joselote partió a buscarlo, y cuando se encontró con él se sorprendió porque estaba vestido de lo más elegante.

—Claro, puh —dijo el Sopita, muy nervioso—. ¡Si voy a encontrarme con mi hermana, que no la veo hace una tracalá de años!

A los pocos minutos estaban todos frente al local del tío Abelardo, y se dirigieron hacia la tapa que conducía al subterráneo.



Bajaron cuidadosamente la vieja escalera de madera, y cuando llegaron al piso el Sopita preguntó:

—¿No me estarán haciendo una talla? Yo no veo a mi hermana por ningún lao.

—¡Tai loco del mate, Sopita! —dijo Rayén—. Esas bromas no se hacen. Esto es en serio. Quédate tranquilito y espérate nomás.

Todos callados y sin saber qué hacer, esperaron que Rayén, que venía preparada, sacara sus hierbitas. Ella prendió un pequeño fuego dentro de un cántaro y un suave perfume comenzó a inundar el subterráneo.

—Ahora vamos a entrar por la puerta al pasillo oscuro —dijo Rayén, mirando a Efraín para que los guiara. Al fondo, junto al gran espejo, escucharon el dulce canto y de pronto apareció el esqueleto flotando.



—¡Chuata, pero esa no es mi hermana, mejor nos vamos! —exclamó el Sopita, aterrado.

—¡Aguántate puh' Sopita! —le dijo Joselote—. En un santiamén se va a poner re linda.

Todos miraban inmóviles, mientras el feo fantasma se iba transformando lentamente en la bella jovencita. Al Sopita se le llenaron los ojos de lágrimas, y mientras la llamaba por su nombre trató de tocarla, pero ahí no había nada, solo aire.

—¡Segundo! —respondió Jacinta—. ¡Tantos años que te he esperado!

La fantasma Jacinta y su hermano hablaron largo rato. Recordaron su niñez y cómo fue que no habían logrado encontrarse. Los niños escuchaban en silencio. Sabían lo importante que era este encuentro para ellos.

—Creo que ahora me podre ir, querido Segundo —le dijo Jacinta cuando terminaron de hablar—. No tengas pena porque estaré muy bien.

—¡Eso es lo que decía mi amá! —susurró Rayen—. Ahora está libre y se va a descansar.

—¡Nos veremos pronto, querida hermana! —dijo el Sopita, emocionado.

—Gracias a todos por ayudarme —dijo Jacinta. Y comenzó a desvanecerse lentamente en el espejo del oscuro pasillo, mientras se escuchaba su dulce canto que se alejaba hasta desaparecer en el más profundo silencio.

—¡Adiós, Jacinta! —dijo Efraín, con lágrimas en los ojos—. Que tengas un buen viaje.

—Mi amá me aseguró que vai a descansar —comentó Rayón, suspirando.

—¡Buena zuerte, Jazinta! —dijo Ramoncito—. Ojalá vuelvaz a tuz campoz del zur.

El Sopita movía su mano en señal de despedida. Silenciosamente, todos salieron del subterráneo. El Sopita les agradeció por lo que habían hecho y todos se abrazaron emocionados.



De vuelta al colegio



Llegó el fin del verano y comenzaron los preparativos para volver a clases. Eran los últimos días de Efraín en La Vega. Él y sus amigos continuaron trabajando en el subterráneo hasta que quedó limpio y ordenado. El tío Abelardo quedó muy conforme con el trabajo, y como había prometido les pagó por lo que habían hecho.

Cada niño se llevó algo de recuerdo del misterioso lugar.

—Por mí que se llevaran todas esas porquerías —dijo sonriendo el tío.

Efraín guardó como recuerdo la caja de dibujos de Jacinta. Cocoliso se llevó una vieja locomotora de juguete. Rayen encontró un vestido de fiesta y collares de colores. Ramoncito guardó una brújula, y Joselote un álbum repleto de estampillas de todo el mundo.

Cuando llegó el último día, Efraín se despidió cariñosamente de sus amigos, del Sopita y del tío Abelardo.

—No nos olvides, Efraín —le dijo su tío—. Cuando tengái la oportunidad vuelve a vernos.

Efraín volvió al colegio y cuando se encontró con sus compañeros de curso se sentía diferente.





—¡Estuve todo febrero en Algarrobo! —dijo Javiera—. Lo pase bacán.

—¡Yo fui al campo con mis primos y aprendí a andar a caballo! —dijo otro compañero.

—Y tú, Efraín, ¿dónde fuiste?

—Me quedé en Santiago —dijo Efraín, pensando que si contaba su aventura no le iban a creer. Pero en realidad pensaba que había pasado un verano fantástico.

Cuando comenzó la clase con la señorita Mercedes, ella les preguntó por sus vacaciones. Después de escucharlos dijo:

—¡Ustedes son privilegiados! Hay mucha gente que no tiene ninguna posibilidad de salir a descansar en verano.

Efraín recordó a sus amigos de La Vega.

Pasaron los meses, y un día que no hubo clases, Efraín fue a saludar a su tío Abelardo y a todos sus amigos de La Vega. Al único que no encontró fue al Sopita.

Cuando preguntó por él, su tío le dijo:

—El Sopita desapareció misteriosamente hace un par de meses. Lo último que me dijo es que se pensaba ir donde estaba su hermana, muy lejos de Santiago; se le veía muy contento en el último tiempo.

Efraín dio un suspiro y sonrió.



Aquí acaba este libro
escrito, ilustrado, diseñado, editado, impreso
por personas que aman los libros.
Aquí acaba este libro que tú has leído,
el libro que ya eres.





Mario Carvajal nació en La Serena, Chile, en 1950. Posee una vasta experiencia en el campo del diseño gráfico, también como artista visual y músico. En la década de los setenta residió en Toronto, Canadá, donde ejerció como diseñador en el campo editorial. Desde 1983 ha impartido la docencia en escuelas de diseño de nivel universitario. Actualmente es profesor en la Escuela de Diseño Gráfico y Multimedia de la Universidad UNIACC, y sus obras de arte visual han sido exhibidas en galerías de arte contemporáneo. Actualmente compatibiliza sus múltiples labores y oficios con la escritura. Los textos e ilustraciones de sus libros para niños han sido realizados en coautoría con Carlos Saraniti y Víctor Hugo Riveros.



Víctor Hugo Riveros nació en Valparaíso en 1972. Ha ilustrado para las editoriales Ekaré, Ocho Libros, Cuarto Propio y Alfaguara. Colabora con *Le monde diplomatique* en sus versiones chilena y mexicana. Ha participado en exposiciones como *Exijo una explicación* (2008) en el Museo de Bellas Artes y en España, en las galerías Niño y Transfiguración, ambas en Barcelona, durante 2009.